

hay jóven de mediana educacion que al adquirir algunos conocimientos en las ciencias, no crea ser un sábio, y no pretenda hacer respetables sus opiniones, por mas que ellas sean contrarias al buen sentido, y que choquen á toda regla de sana crítica. Empero, buscad, señores, buscad en este siglo de charlatanismo, buscad entre esos filósofos que pretenden dilucidar todas las cuestiones y que claman por reformas, sin lograr otra cosa que destruir cuanto bueno nos legaran nuestros abuelos; buscad, digo, la ardiente fé de nuestros antepasados, buscad obras tan profundas y elocuencia tan persuasiva como la del grande Agustino en su *Ciudad de Dios*, como la de santo Tomás en su *Suma*. Buscad hoy en la elocuencia latina y castellana un Saavedra y un Morales, en la historia un Mariana, en las ciencias filosóficas un Pereira, en... pero involuntariamente me he apartado de mi objeto, puesto que no es mi mision en esta mañana, hacer comparacion entre nuestros sábios y los que nos precedieron. No hay duda, diré, para concluir esta digresion, que la incredulidad ha abierto en nuestros dias una llaga en el corazon de la Iglesia, llaga dolorosa para esta tierna y caritativa Madre, que vé caminar á muchos de sus hijos sin brújula ni rumbo fijo, por un campo de espinas que haciéndoles olvidar que fuera de la obediencia y de la fé de Pedro no hay salvacion, les conduce á su ruina eterna.

Ni creais, señores, que al hablar de la fé que distinguió á nuestro apóstol, trate de ocultar su pecado, echando un tupido velo que nos oculte sus negociaciones. Por el contrario, ellas contribuyen á su mérito y hermocean su panegírico, porque no solo nos

demuestran la bondad y sábia conducta de la Providencia, sino que tambien nos presentan á Pedro como modelo de penitentes.

Entremos en el Huerto, teatro donde dan principio los grandes padecimientos del Salvador, donde una turba sacrílega, capitaneada por el traidor Judas, se apodera del justo, para conducirlo á los tribunales: el humilde Pedro, que permitir no quisiera ser lavado por Jesucristo, el valeroso discípulo, que sin temor al número de los que venian á prender á Jesucristo, saca la espada y corta la oreja á Malco, sigue los pasos á su Maestro, pero á lo lejos, esclama el Evangelista Santo (1): ¿Qué es esto, Apóstol fiel? ¿quién ha trocado tu antiguo valor y fortaleza, en esa cobardía que manifiestas? ¿No jurastes morir, si necesario fuera en defensa de tu Maestro? ¿Cómo, pues, temes ahora en el dia de la tribulacion, darte á conocer por discípulo suyo? ¡Ay cristianos! Por mas que Pedro tratase de ocultar que conocia y trataba á Jesus, la turbacion de su espíritu, el dolor de ver padecer á su Maestro, á quien amaba, se retrataba en su semblante; por esto le preguntan repetidas veces, ó mejor dicho, afirman que era compañero de Jesus. Pedro teme, y temiendo afirma con juramento y aun con imprecacion, que es falso, que ni conoce ni habia visto jamás á aquel hombre. Empero cumpliése al momento la profecía del Salvador: cantó el gallo, y este canto y la tierna mirada del Maestro partieron su corazon, y saliendo fuera lloró; pero no fué un llanto pasajero, sino un copioso llanto amarguísimo, tan abundante como grande era el pesar que espe-

(1) Luc. c. XXII, v. 54.

rimentaba por haber negado á su querido Maestro.

No fué otra cosa que un castigo por su presuncion, esta caida que le enseñaba al mismo tiempo la caridad y compasion que debia usar en adelante, como Príncipe Supremo de la Iglesia, en las caidas y fragilidades de sus ovejas. Enséñanos tambien este ejemplo de Pedro, las humildes precauciones que debemos usar para conservar la fé. ¡Qué feliz sería el cristiano, si á pesar de haber negado á Jesucristo desobediendo sus mandatos, imitase á Pedro en el dolor y las lágrimas con que este lavó su pecado! Peca, es verdad, pero inmediatamente se arrepiente, y no necesita que el Salvador le dirija un largo discurso, como en otro tiempo á la Samaritana; ni necesario fué que el estampido del trueno y la luz de los relámpagos le mostraran armado del rayo de su justicia la mano del Juez Eterno. Una mirada tierna de Jesus, fué suficiente para abrirle en su corazon aquella herida que jamás pudo cicatrizarse; sus lágrimas corren por sus mejillas envueltas en su sangre, y el último suspiro que despida en la cruz, será de dolor y penitencia. Ni tampoco, á pesar de la cobardía que mostró en su negacion, dejó de profesar un amor tierno á su Maestro, amor que fué el distintivo del Santo Apóstol. Es constante, señores, que el amor se adquiere progresivamente, y en tanto se va aumentando, en cuanto se van conociendo las bellas cualidades del objeto amado; pero el amor de Pedro para con Jesus, careció de estos trámites. Escuchar su voz, creer sus palabras, seguirle sin titubear y profesarle un amor ardiente, todo fué obra de un momento; ni necesitó observar los grandes milagros que efectuara entre los hijos de Israel, ni tratarle mucho tiempo para com-

prender la bondad de su corazon y la caridad divina que resplandecia en sus obras, para conocer que su mision era toda celestial, para amarle, para entregarle su corazon por completo. El vivir en los palacios de los reyes, el cubrir su cuerpo con ricas vestiduras, el poseer los mayores tesoros de la tierra, no hubieran hecho á nuestro Santo Apóstol considerarse mas feliz que se consideraba siguiendo á Jesucristo. El no teme las contradicciones, no le asustan los peligros, ni teme tampoco las encrespadas olas que amenazan sumergirle, ni el bramido del mar, ni los vientos enfurecidos; se arroja á las aguas con la confianza que le da su invicta fé, se embarca en la nave de esa misma confianza; las olas le llevan sobre sí, y haciéndose consistentes, le conducen siendo testigos de aquella fé superior y divina, cuyos oráculos fueron revelados por el mismo Dios para que conociese á Jesucristo. Su mismo Maestro le pregunta en una ocasion si le ama, y si su amor era mayor que el de los demás discípulos. ¿Pedro, me amas? ¿me amas mas que estos? ¡Ay, señores! Pedro ya no confia en sí mismo: tu conoces mejor que yo este corazon: tú sabes mis sentimientos: *Tu scis qui amo te* (1). ¡Oh fiel amante y humilde Pedro! muéstrale al Salvador tus continuos desvelos, las primacías de tu Apostolado y tus asíduos trabajos en Judá y Samaría: Tú sabes que yo te amo, y este amor debe ser recompensado. Pues bien, Santo Apóstol, ya no eres Simon, eres Pedro, es decir, piedra labrada á los rayos de la fé con el fuego de la caridad, y dispuesta con la humildad y penitencia: así lo ha manifestado el que le elije para

(1) Joan. c. XXI, v. 15.

ser su representante en la tierra, cabeza visible de la Iglesia, y canal por donde las aguas de la fé habian de correr hasta las estremidades de la tierra. A la respuesta de su amor le dice Jesucristo: *Pasce oves meas, pasce agnos meos* (1). ¿Y qué pastor es este que se encarga del rebaño del Salvador? ¿Quién es este que va á hacer las veces de Dios sobre la tierra? Es Pedro, elegido y enriquecido para ser fundamento de su Iglesia. *Et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.*

SEGUNDA PARTE.

No me admira, Excmo. Sr., que el Padre San Leon, hablando del santo Apóstol, diga que era Pedro, despues de Jesucristo, la piedra fundamental sobre que debia sostenerse el edificio de la Iglesia; y siendo esta Iglesia su aprisco, Pedro es el pastor siendo un reino espiritual (2). Pedro es el soberano, porque á él solamente confió el Salvador el cuidado de sus ovejas que habia redimido con su preciosa sangre y el de sus corderos, dándole sobre todos una primacia no solo de honor, sino tambien de jurisdiccion. Jesucristo, triunfante de la muerte, debia volver vencedor al Padre, y confia á sus discípulos la conversion del mundo, para fundar y estender la Iglesia; pero los apóstoles necesitaban una cabeza, un jefe, un superior que les dirigiera, á quien debian estar subordinados y sumisos, no obstante su eleccion y su dignidad; la Iglesia tambien necesitaba un pastor, y Pedro fué declarado Supremo Pontífice: un nombre

(1) Joan. c. XXI, v. 15 y 16.

(2) S. Leon Pap. Serm. 1, in Natali Apost. Petri et Pauli.

tan humilde como glorioso le distingue: Simon, hijo de Juan, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: *Et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.*

Levanten en buen hora su grito esos hereges, sábios presuntuosos y tanta multitud de hijos díscolos como quieren negar esta dignidad suprema cuyo honor y potestad son de derecho divino: la silla apostólica es el centro de la unidad católica fuera de la cual no hay salvacion: negar no pueden los mismos hereges la suprema potestad de Pedro, y aunque miren con desprecio los terribles anatemas que la Iglesia ha fulminado contra ellos, no pueden menos de reconocer por las pruebas el soberano poder de Pedro que siempre se manifestó en la Escritura revestido con las insignias de honor y superioridad: jamás leemos que Jesucristo mudase el nombre mas que á Pedro, y elegido por Dios para la suprema dignidad de la Iglesia, á él se le encarga el cuidado no solamente de las ovejas sino de los mismos pastores; si hay que responder á las preguntas de Jesucristo, Pedro, en nombre de todos, lo hace; él es el primero á quien lava los piés, y llegado el dia de la gloriosa resurreccion, manda especialmente que se noticie á Pedro, primero á quien se presenta, y al establecer la ley de gracia toma el primero posesion del ministerio evangélico, obra el primer milagro y en el repartimiento hecho por el Espíritu Santo, toma posesion de las ciudades mas notables y populosas, y por lo tanto mas difíciles de convertir. Apenas el Espíritu Santo ha descendido sobre los apóstoles, cuando estos empiezan á conquistar el mundo, repartidos en diversas naciones, y de uno á otro polo, y en el

Oriente y Occidente, y en el Septentrion y Mediodía, es anunciada la doctrina de Jesucristo, y el estandarte de la cruz es adorado como signo de redencion por el escita y el partho, por el griego y el bárbaro, por el judío y el gentil; las ciudades populosas como las miserables aldeas, los sábios como los ignorantes, reciben la nueva doctrina que regeneraba el mundo. Pedro puede decirse que multiplicaba su presencia en todas partes. El Ponto, Galacia, Capadocia y Bithinia, le ven ordenar sacerdotes y consagrar obispos para el buen régimen de la Iglesia: discurre por la Judea, Siria y Palestina. Asia, Africa, el Oriente y Occidente, parecen pequeños para dilatar este reino espiritual.

La doctrina evangélica debía confirmarse con milagros: nuestro Apóstol es el primero que en uombre de Dios los efectúa; toma de la mano al cojo que estaba diariamente á las puertas del templo y le da agilidad en sus miembros: los demonios le obedecen, y vemos las plazas y calles llenas de enfermos que sanaban con solo su sombra, maravilla que no leemos de ningun otro Apóstol. Ananías y Zafira caen muertos á sus piés castigados por Dios y por la boca de Pedro como de juez eterno: él, como cabeza y príncipe de todos, responde lleno del Espíritu Santo á los príncipes de los judíos mostrando la jurisdiccion que habia recibido, aumentándose cada dia el imperio dado á Pedro, porque doquiera que el nombre de Jesucristo es adorado en espíritu y verdad, el nombre de Pedro es conocido y glorificado. En todas partes se le reconoce como piedra sobre la que está fundada la Iglesia, como autoridad suprema sobre todos los redimidos por la víctima del Gólgota; derecho indivisible, pues

si un rebaño solo necesita un pastor, un reino un rey, la Iglesia solo reconoce á Pedro como Pastor Supremo, Rey y Padre de todos los fieles, piedra sobre que está establecida: él recibe de Jesucristo las llaves del reino de los cielos: no le dice Jesucristo, espone el Crisóstomo, rogaré á mi padre que te las dé, sino te las doy, para mostrar su poder, porque así como mi Padre te ha dado luz para que me conozcas yo te doy las llaves del reino de los cielos (1), *dabo tibi claves regni caelorum*: la llave del poder para juntar los concilios, confirmarlos y establecer leyes: poder para interpretar las santas Escrituras y para perdonar los pecados. Reyes de la tierra, yo respeto vuestro poder, conozco que por Dios reináis entre los hombres, y que vuestras leyes deben ser obedecidas (2), empero vuestras coronas é imperios no sirven para honrar á Pedro: reina el príncipe sobre las personas de sus vasallos, Pedro reina sobre sus almas; conceden aquellos las gracias á la tierra, Pedro las del cielo: nosotros somos súbditos de ellos; pero Pedro es padre de todos, y el oro de sus diademas, y la grandeza de que se ven rodeados, y el soberano poder que ejercen, y el augusto carácter de majestad que los eleva sobre nosotros, no deja de sujetarlos á él por el sagrado carácter de cristianos: é ínterin reine Jesucristo en los reinos de la tierra, seguro está Pedro de reinar espiritualmente sobre los mismos reyes.

El trabaja constantemente por dilatar el imperio de Jesucristo; á su voz tiembla la Sinagoga y ansiosas las naciones se acercan á él detestando sus errores. ¡Qué triunfos para la religion; tres mil personas con-

(1) Div. Joan. Chris. Homilia LV, ex cap. XVI, Math.

(2) Parab. Salom. c. VIII.

vertidas en un solo sermón y cinco mil más tarde, prueban suficientemente la asistencia del Espíritu Santo! Pero aun faltaban los mayores triunfos que conseguir. Considerad á Pedro en medio de la populosa Roma, de aquella ciudad señora del mundo que gemia bajo la tiranía de un vicioso y cruel emperador. Vedle allí sin temor á los mayores peligros predicar la doctrina de Jesucristo, formando el proyecto de destruir las supersticiones, echar por tierra los templos de los falsos dioses, y hacer resonar en los soberbios alcázares de los Césares, donde con bellos adornos se abrigan todos los vicios, la voz de la verdad.

Esta empresa, señores, es superior á cuantas se hayan propuesto efectuar los grandes ingenios de todos los siglos. En todas las revoluciones que agitan los estados y trastornan los imperios, vemos por lo comun hombres que cuentan con popularidad, ó que efecto de sus hazañas, de su valor ó de la intriga han ocupado puestos elevados en la sociedad; ¿pero quién era Pedro para efectuar una revolucion que mudase las costumbres, la moral, las leyes y las creencias, en medio de una ciudad tan populosa como fanática? Pobre por su cuna, desconocido de todos, sin mas amigos ni compañeros que los demás apóstoles, se propone y lleva á cabo el ganar á Roma para Jesucristo. No bien empieza á anunciar la nueva doctrina, cuando empieza á chocar con grandes contradicciones, y es preso, y acusado como perturbador del orden público. Tan antigua es esta atroz calumnia que continuamente vemos levantarse contra los celosos Pastores de la Iglesia, toda vez que defienden los sagrados derechos de Jesucristo. Apenas los Pre-

lados combaten con sus sábios discursos y elocuente voz los errores del siglo, los tiros públicos y privados que se dirijen contra la Esposa inmaculada de Jesus, cuando en el momento son cruelmente perseguidos, llamados perturbadores del orden público, trastornadores de la sociedad, reprendidos y tal vez arrojados de sus sillas. Pero no temais, príncipes de la Iglesia, á través de tales persecuciones, alegraos como Pedro de participar de los oprobios de Jesus (1). Vuestra corona está en los padecimientos y persecuciones, y aun cuando fuera necesario derramar toda la sangre que corre por vuestras venas, conservad siempre en vuestro rebaño el reino de la fé, porque ni para vosotros dignos príncipes de la Iglesia, ni para nosotros ungidos del Señor, ni para los verdaderos fieles puede haber mayor gloria, mayor corona, ni mas permanentes triunfos que morir en la persecucion, que concluir nuestra vida en la fé de Pedro, siquiera sea entre las ruinas de los altares, entre los escombros de los templos.

Nada importa que el cruel Herodes ponga á Pedro entre cadenas, pues el mismo Dios le libra por ministerio de un ángel, reportando esto nuevos triunfos á la religion; y si un impostor, envidioso y atrevido quiere hacer falsos milagros para oscurecer los de Jesucristo, obrados por ministerio de Pedro y para ganarse las atenciones de todos, Pedro ruega á Dios, y en el instante se vé castigado el impostor muriendo espantosamente y declarando con su desastroso fin, ser verdadera la doctrina de nuestro Santo Apóstol.

Mas ¡ay que los trabajos del fiel discípulo de Je-

(1) Act. V, v. 41.